

tos operados por la tragedia» (ENT, 175). La insuficiencia, según Nietzsche, del concepto aristotélico de *catarsis* deriva, podríamos decir, del entendimiento morigerado que supone la tragedia. Como es sabido, con ese concepto Aristóteles replicaba a la denuncia platónica de que el arte podría ser un elemento desestabilizador en la vida de la *polis*. De ahí que Aristóteles insistiera en que las emociones producidas en el espectador durante la tragedia quedaban purgadas. El arte no era peligroso ni desestabilizador, ni para el ciudadano ni para la *polis*. Tal planteamiento no podría sino ser insuficiente para el joven Nietzsche. Pues tanto el artista dionisiaco como el buen receptor abandonan durante la obra su subjetividad y se sumergen en un estado de alineación del que deben surgir transfigurados gracias al «símbolo sublime» (ENT, 167) que supone el mito.

Aristóteles encontraba en la *catarsis* un argumento en defensa del arte gracias al fomento de la estabilidad individual y social. Por el contrario, Nietzsche —en probable alusión tácita al concepto de *catarsis*— señala que el héroe trágico «toma sobre sus espaldas el mundo dionisiaco entero y nos descarga a nosotros de él (..; nos redime...) en la persona del héroe trágico del ávido impulso» (ENT, 167) hacia la existencia. Y, sin embargo, Nietzsche, pese al entusiasmo hacia lo dionisiaco, sostenía que el instinto apolíneo, a través del mito, debía protegernos de la música asentándonos como individuos. ¿Por qué? ¿Por qué si mediante el éxtasis dionisiaco se había adquirido la máxima profundidad, el máximo goce? ¿No es contradictoria la aspiración a resucitar la tragedia —que exige lo apolíneo y lo dionisiaco— con la resurrección privilegiada del espíritu dionisiaco? A mi juicio, sí. Nietzsche, como anunciábamos al comienzo, se halla en un callejón sin salida: la construcción de una mitología que permita la articulación de la patria —es decir, la «renovación y purificación del espíritu alemán» (ENT, 163) para exigir nitidez, orden y claridad. Lo cual no parece compatible con el abismarse en el caos del Uno Primordial o con el placer primordial de «la construcción y destrucción por juego del mundo individual» (E, 188).

